

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Debiera acontecer, entre los hombres; la evocación constante de las grandes almas, en momentos de meditación y de respeto. Hagamos el tránsito por esta mujer extraordinaria, purificados y unciosos, para que podamos percibir, en instantes de fina lucidez, las altas agujas góticas de su arte, que se elevan lentamente hacia los astros.

María Eugenia Vaz Ferreira, aventurera de las grandes soledades, es el símbolo trágico del ser que se hunde en las tinieblas llameantes del espíritu, para cumplir el heroico destino de los arquetipos del Arte, aquellos que ofrecen su triste vida de la tierra por el momento de goce infinito que les otorga, avaramente, la creación de las bellas formas. Unica habitante de su isla lejana, rodeada por las hogueras de la noche, su madre esencial; exaltada en la soledad de los sueños; ordenando a media voz los seres angélicos de la sabiduría y de la gracia, hace su aparición en nuestras evocaciones en actitud de danza, anunciándose con un armonioso y leve sonar de tambores nocturnos.

La Poesía de María Eugenia Vaz Ferreira, contenida en vaso de una admirable pureza formal, de auténtica estirpe apolínea, ocultaría, a lecturas poco profundas, las estremecedoras angustias metafísicas de su espíritu, que emergen de sus esculturas formales, en un aire helado de desesperanza. desesperanza terrible de no poder alcanzar más altas, divinas inteligencias:

"no te revelarán la Esfinge su secreto
ni las esferas cósmicas su música inaudita."

María Eugenia Vaz Ferreira

169

Esta tremenda, patética espera del desesperado, adquiere en algunos de sus poemas desgarrante expresión:

"Y sigo eternamente por la desierta vía
tras la fatal estrella cuya atracción me guía,
mas nunca, nunca, nunca, a revelarse llega!
Pero su luz me llama, su silencio me nombra,
mientras mis torpes brazos rastrean en la sombra
con la desolación de una esperanza ciega."

(La estrella misteriosa)

"Único Poema", canto de una tristeza infinita, es la más amplia confesión de su sentimiento trágico de la vida, en versos de una elocuencia lírica difícilmente superable. A la manera de agudísimo dardo nos traspasa su concepción fatalista de la vida, con sus inútiles alegrías y sus absurdos seres que, como graves enlutados, andan bajo el peso de sus dolorosas experiencias y sus amargos desencantos, única verdad para esta sublime extranjera.

UNICO POEMA

Mar sin nombre y sin orillas,
Soñé con un mar inmenso,
Que era infinito y arcano
Como el espacio y los tiempos.

Daba máquina a sus olas,
Vieja madre de la vida,
La muerte, y ellas cesaban
A la vez que renacían.

Cuánto nacer y morir
Dentro la muerte inmortal!
Jugando a cunas y tumbas
Estaba la Soledad...

De pronto un pájaro errante
Cruzó la extensión marina;
"Chojé... Chojé..." repitiendo
Su quejosa mancha iba.

Sepultóse en lontananza
Goteando "Chojé... Chojé..."
Desperté y sobre las olas
Me eché a volar otra vez.

El deseo torturante que obsede sus amadas noches, cuando en infinitos vuelos huye su espíritu en un tremendo esfuerzo hacia la libertad, pone un poco de muerte en cada sueño, y el grito sibilino de "Chojé... Chojé..." le infiltra con sus extrañas palabras la presencia helada de la nada con sus poderosos imanes, y con sus ávidos vampiros que con ala cautelosa acarician sus víctimas propiciatorias, las almas errantes y perdidas en la inmensidad del vuelo.

Pocas voces líricas tan trágicas como su voz. En sus vastos panoramas animicos todo es desolación y amargura. Si hubiéramos de trasladar al color y a la plástica la naturaleza de sus cantos, imaginaríamos un gran paisaje desolado, en algún país de invierno, con altas nieves y árboles desnudos perdidos entre la niebla, y pájaros solitarios, y negros lobos aullando hacia la muerte. Todo esto en un gris profundo, enfermo y melancólico. En el gris metafísico del Greco, o en las torturadas penumbras de Rafael Barradas. Empero, estos fríos invernales y los cielos negros, ocultan un espíritu que se quema en voraces hogueras.—"Fuego y mármol" fué el título que pensó darle al libro que más tarde fué llamado "La Isla de los Cánticos". Es en el primer título donde hay que ir a buscar el sentido que más cerca se encuentra de su personalidad creadora. En verdad, fuegos centelleantes y formidables piras ardientes, oculta la rigidez mármorea de su verso; en este fuego central, en este elemento esencial de su espíritu, es ne-

cesario penetrar con agudos cinceles de bien templado acero, golpeando sin desmayo la blanca mole de su perdida isla. Es el fuego implacable de los místicos y de los santos, desesperados en la espera de la región celeste. Su grito semejante a aquél:

"Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero."

Este sentimiento de la vida como una inestable fluctuación perpetua, vana y dolorosa, adquiere en la poesía "El Ataúd Flotante", su más aguda y dramática expresión. Su carne está roída por secretas larvas metafísicas, y las apariencias groseras de la realidad exterior no hacen más que hiperestesiarse su delicada sensibilidad hacia el lado de la sombra, sin piedad, alzando ante ella todas las desnudeces, flotando sobre el miraje de los fuegos fatuos. Ya no se deja llevar de la mano por la piadosa esperanza; ha perdido en su torpe tránsito por la vida todas las llamas alegres y los vinos festivos; sólo un amargo licor de pesimismo es capaz de darle lúcidas embriagueces, y la revelación final de que el aprender a morir es su única felicidad, perfecta y pura. Este trágico consuelo limitando su vida con llamas flageladoras, es quizá la única oquedad amorosa en que gustara recogerse, después de los agotadores ejercicios espirituales. Ya se dijo que no hay verdadero conocimiento sino en el dolor, y que la divinidad sólo desciende a los espíritus que, agraciados por la aureola ardiente de los santos, filósofos o poetas, poseen las "lontananzas huecas" donde solamente el dolor y el amor al dolor, florecen en negras rosas inmortales, y en tristes cantos. Así, en "Aspiración", expresa su entrega gozosa a sus leyes inflexibles:

ASPIRACION

Adentro del pecho escondes
una jaula de coral;
de su misteriosa puerta

la llave, dónde estará?
Yo sé de un pájaro libre
que en tan estrecha prisión
quisiera morir cantando
sus ritornelos de amor...

María Eugenia Vaz Ferreira entrega al destino, lúcida-mente entrevisto, todos los poderes de sus voces puras. Renuncia heroicamente a las bellas promesas de la tierra, y su mano no ha tentado nunca coger amorosamente la miel estival de los manzanos encendidos.

EL ATAUD FLOTANTE

Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta.
No tienes de los vivos
más que la inestable fluctuación perpetua:
no sé si un tiempo vigorosa fuiste,
ahora, estás muerta.
Te han roído quien sabe
qué larvas metafísicas que hicieron
entre tu dulce carne su cosecha.
En vano
el mágico abanico de tus alas
con irisadas ráfagas me oreo
saltando al aire turbadoras chispas.
Yo sé que tú eres de esas
que vuelven redivivas en la noche
a decir otra vez su última verba...
Ya te he visto venir
blanca y piadosa como un santo espíritu
sobre el vaivén de las marinas ondas;
te he visto en el fulgor de las estrellas,
y hasta los bordes de mi inquieta planta
danzan tus llamas en festivas rondas.
Pero si al interior vuelvo los ojos
veo la sombra de tu mancha negra.

No llores porque sé; los ojos míos
saben vivir en lontananzas huecas;
míralos secos y tranquilos; márchate
y el flotante ataúd reposar deja
hasta que junto a tí también tendida
nos abracemos como hermanas buenas
y otra vez enlazadas nos durmamos
en el sepulcro vivo de la tierra.

Dijimos ya, que el arte de María Eugenia adquiere en este poema, cuyo título ya le señala un destino, su más aguda y dramática expresión. Entre la dulce carne de su esperanza, secretas larvas metafísicas han construido sus largas galerías de sombras. Nocturnas flautas le anuncian, no ya el advenimiento de las grandes albas de blanco pié desnudo, sino la presencia de una noche eterna, sin libertad posible, ahondada en las estrellas infinitas, en las engrandecidas y heladas claridades lunares, y en las voces desprendidas, en elementos imponderables, de los números fieles a Pitágoras. Su poesía transita ya, por regiones de una soledad infinita, en el espacio puro, levemente sostenida por músicas ligerísimas. Nos sobrecoje a cada instante el temor, de que sus grandes diamantes de rara pureza, se enciendan frenéticos en sus propias luces, y se pierdan sus estelas de fuego en lejanos horizontes al modo de las estrellas errantes que cruzan delirantes los cielos de la noche.

Esta "María del Arte" amaba la música; seguramente sus hondas melancolías se perdieron en la tragedia lírica como en los semidioses del drama musical, Wagner y Beethoven, se perdían los más exaltados sueños, ya en los paisajes submarinos del "Parsifal", o en los silencios interiores de las "Sonatas", tristes lamentos de otoño.

Hay momentos en que encontramos, en la extraña región de la Isla de los Cánticos, un remanso apacible: es cuando esta alma quiere escapar a su *vía crucis*, posiblemente en aquellos momentos en que la vida, ofreciéndole el nardo sensual de la Sulamita, o los frutos olorosos de los jar-

dines en estío, la atrae. Más estas prolongaciones de sus sentidos no la conmueven hondamente; esta devota de lo intelectual puro, de las abstracciones líricas, de las altas matemáticas celestes, no entregará jamás sus formas puras ni su espíritu hermano de las estrellas, al goce físico. Esto es solamente como un canto de cigarras en los claros mediodías, o una sutil apariencia que su alma, arrodillada constantemente ante la sabiduría y la Gracia, gusta dejar penetrar en sus bien defendidas torres. Así en "Vaso Furtivo", hay una débil tentativa de liberarse del abismo, brindando por todo lo que en esta tierra, grave y lunática, ocurre ligeramente:

VASO FURTIVO

Por todo lo breve y frágil,
superficial, fugitivo,
por lo que no tiene bases,
argumentos ni principios;
por todo lo que es liviano,
veloz, mudable y finito;
por las volutas de humo,
por las rosas de los tirsos,
por la espuma de las olas
y las brumas del olvido...
Por lo que les carga poco
a los pobres peregrinos
de esta trashumante tierra
grave y lunática, brindo
con palabras transitorias
y con vaporosos vinos
de burbujas centelleantes
en cristales quebradizos.

A pesar de la intención de secuestrar, en apariencia, su realidad íntima, el brindis es vacilante y dicho con "palabras transitorias". La lectura de este poema, hundido en la

melancolía profunda del poeta, nos entristece íntimamente. Son aquí evidentes las leyes que rigen inmutables su destino; los movimientos de su alma en viaje siempre hacia ultramar; la mirada de sus grandes ojos tristes dirigida fatalmente a la infinitud del espacio, a las inaccesibles tierras de su país de sueños. Desde el comienzo casi, podría afirmarse, esta mujer tuvo la revelación de su destino. Entonces irá a buscar en el aire de las cumbres y en las profundas y misteriosas capillas del yo subliminal, la salud para su espíritu inadaptado, atormentado por el caos hirviente del subconsciente. No puede en modo alguno, ser ociosa espectadora de los diálogos y voces terribles que estremecen su ser. Adivina que, detrás de la plástica engañosa de la forma, se ocultan extraordinarias revelaciones y angustiadas criaturas, a las que es necesario libertar de sus espesas prisiones, para situarlas en la vida del Arte. Las misteriosas teogonías que se le alzan desde lo más profundo en densas nieblas, luchan en ella por adquirir derechos estéticos, y se transforman en acentos de inconsolable tristeza y en lamentos de un pesimismo desesperado.

Sumergida en lo triste, en lo insondable, en las obscuridades bajo el mar donde navegan los hombres libres, no puede poseer jamás la realidad que desea tan profundamente, y tanto más anhelante y angustioso es este deseo cuanto sabe la lejanía inmensa que la separa de los círculos en que aspira encerrarse para siempre; sufriendo y prisionera de su alma, dispersa en girones flúidos.

Su sed exclama entonces:

"Yo no sé donde está, pero su luz me llama,
Oh misteriosa estrella de un inmutable sino!..
Me nombra con el eco de un silencio divino
Y el luminar oculto de una invisible llama.
Si alguna vez acaso me aparto del camino,
Con una fuerza ignota de nuevo me reclama!
Gloria, quimera, fénix, fantástico oriflama
o un imposible amor extraño y peregrino."

Esta nueva cenobiarca, la frente incendiada en celestes llamas, sabía que su espíritu enorme cuajaría supremamente en las altas estrellas de la inmortalidad. Así se lo decían los rumores que escuchaba en la noche, escapados de las inmutables regiones platónicas; así sus ideas, que su inteligencia disciplinaba con sabia virtud musical; así su cruel desemejanza con los hombres, incapaces de entrever sus inmensos sueños; así su nebulosa trágica de tedio, puesto que en la vida no encontró nunca paliativo a sus enormes deseos, ni músicas para halagar su oído religioso y trémulo. El orgullo magnificó sus últimos pasos por la calle triste y larga del mundo transitorio; convencida ya de su inmortal destino, se alejó definitivamente de los hombres para acercarse más aún, en últimos éxtasis, hacia la Noche que tan fervorosamente amaba, ya integrada, melodiosamente, a sus musicales esferas. En torno a sus blancas torres, en los felices límites del vuelo, se acercaban los pájaros crepusculares de la muerte, que ella sentía venir sin sobresalto; no temía el acabamiento físico; más bien recibiría sus oscuros anuncios con alegre ceremonial, con el boato regio de los desposorios.

Un oscuro signo extiende sus negras pompas, envolviendo con su fatalismo inexorable esta vida atormentada de María Eugenia, poseída de ambiciones y de deseos sobrehumanos. La convicción de no poder colmar sus anhelos imposibles; la certeza de no poder mantener invicta su pureza si bebiera los licores ardientes de la carne; la imposibilidad absoluta de ser acariciada sin manchar el blanco mármol de sus flancos; su nihilismo, cada vez más profundo, sobre las cosas del mundo externo, precipitan su alma delicada en los más hondos abismos de su ser, y su renunciamiento místico tiene la grandeza infinita y las diáfanas claridades que unían la frente de los santos. La batalla terrible entre María Eugenia y su destino, combate diario, sin desmayo y sin tregua, dura hasta los últimos instantes de su vida. Pero esta mujer es poderosa y fuerte como los dioses y ama el fuego terrible de las batallas. Cuanto más

hiere el enemigo en su blanco pecho, cuanta más sangre pierde amorosamente, más se eleva, magnífica, en un desafío supremo, la fe que la posee y la salva. Los himnos de Zaratustra en la montaña, no están lejos de los elevados picachos de la maravillosa Isla de los Cánticos.

La poesía femenina de América tiene en María Eugenia Vaz Ferreira su expresión faustica. Los altos valores que han dado estas tierras del Sur a la poesía universal: Delmira Agustini, Gabriela Mistral, María Adela Bonavita, María Elena Muñoz, Juana de Ibarbourou, por ejemplo, no poseen sus densos lamentos en fuga hacia lo infinito, hacia la noche pura, hacia el espacio ilimitado. En Delmira Agustini, esos deseos inefables encuentran consuelo en un temperamento turbulento y ardiente. La danza de los coribantes enciende sus profundos incensarios amorosos, y perfumados nardos cubren sus senos. Los ángeles místicos y los demonios atormentadores flotan muy levemente por sus regiones líricas, para dar paso a las blancas canéforas cargadas de rojas flores. Los ríos pasionales rodean sus ojos profundos de espesos vapores cargados de pesados perfumes, y su ancha frente reposa, sacerdotalmente, en las rodillas de Eros, su dios protector. En este "milagro lírico", los más profundos cánticos, aunque a veces ensombrecidos por enlutadas presencias, son dulces fragmentos de amor presidiendo el cortejo de sus frisos dionisiacos, apoyados en elevados pensamientos y en extraordinarias intuiciones.

Gabriela Mistral entona sus voces invernales en la desolación andina, y su carne se abre en hondas llagas que enrojecen su ascético sayal. Pero sus más tristes lamentos y sus obsesivas nostalgias, vibran a menudo transfiguradas en un tierno amor hacia la Naturaleza, y, en último término, el duro yermo que habita en la tierra es soportable, pues su corazón se reclina "en el pecho del Dios terrible y fuerte", y sus ojos frecuentan las palabras del Evangelio.

María Adela Bonavita, desaparecida hace poco de entre nosotros, muerta en el meridiano de su vida, nos adelantó ya, en "Conciencia del Canto Sufriente", su primer libro,

los fervores místicos y la inmaterialidad de sus cantos. En un segundo libro, aún inédito, ahonda y perfecciona el perfil de sus arcángeles, y purifica su voz con la madurez espiritual de su arte, ya más logrado, emancipado de las voces confusas y de los vagos anuncios: su vida transcurre acompañada por símbolos en "luminoso círculo", y las experiencias místicas y las revelaciones celestes le hacen desdeñar las imágenes y alegorías exteriores, para sumergirla en las supremas alegrías de sus encuentros con Dios.

En María Elena Muñoz, espíritu delicadísimo, tenue, se realiza, melancólico, un viaje sin esperanzas de retorno, hacia regiones lejanísimas e inefables. Este exquisito espíritu femenino, entre cantos marinos y músicas crepusculares, se sumerge en sus claustros penetrados por sutiles esencias universales, y su poesía intenta expresar los sentidos ocultos de la naturaleza, en cantos imponderables, diáfanos.

Y en Juana de Ibarbourou, la joven de los campos de Cerro Largo, la exaltación de las energías vitales, su sed amorosa y su panteísmo emocionado, rodean de tallos fragantes y de turbadores azahares su poesía fresca, henchida de llameantes licores de vida. Sus pánicas correrías por los montes espesos, teñida de moras y olorosa de pitangas, sorprenden los crepúsculos con su alegría de Diana Cazadora, y oculta en la selva antigua de cedros aromáticos, celebra sus fiestas paganas y deja correr las lluvias de otoño por su desnudo pecho, feliz como Ruth en las eras de Moab.

En María Eugenia Vaz Ferreira, la infeliz desterrada de este mundo de soledad y de pasiones inútiles, el espectáculo exterior, tan lejano a su espíritu, todas las alegrías y los goces, las voluptuosidades y los refinamientos, se alían en un gigantesco enemigo común, y es el formidable contraste entre sus aspiraciones altísimas y lo que puede ofrecerle el mundo, sólo un tránsito obligado para su alma pura. Y si otras almas menos exigentes encuentran serenos remansos y tranquilos estuarios donde reposar sus naves ligeras; si el místico o el panteísta refrescan el ardor de la sien con la música apolínea o en las comuniones con Dios,

la trágica de la Isla de los Cánticos sólo aspira a la muerte, y en sus vuelos nocturnos, lanzada a la sombra y al espacio de los cielos por un deseo constante de evasión, los fúnebres corceles de que nos habla en sus versos, le traen esta imagen:

"Noche, noche infinita, rincón de los olvidos..."

De auténtica jerarquía fáustica, la esencia de su espíritu sólo ama el espacio puro y lo infinito de la muerte. Su arte se identifica, y está contenido en sus anchos círculos, con las catedrales góticas del hombre fáustico, con la música de Wagner y los símbolos del Goethe de la Tragedia.



El canto de los marineros que amaba Mallarmé, la música popular de un viejo acordeón sonando en las tabernas del puerto, como una queja nostálgica, era en el oído de María Eugenia lo que nos dice en

LIBERATORIA

Acordeón de rudas voces
que cerca del puerto suenas
tu canción hecha de adioses
sin alegrías ni penas.

De adioses de tierra y mar,
polvo y nube, luna y cielo
en perpetuo ritornelo
de pasar, pasar, pasar...

Los eternos navegantes
dejan su ruta infinita,
como los fieles amantes
tienen contigo una cita.

Y las manos marineras
te dan sus caricias vanas
entre sotas cantineras
y perfumados nirvanas.

Te cantan vagas canciones
con la mirada perdida,
por eso tienen tus sonos
clamorear de despedida.

Tienen coros peregrinos
que se van entre las brumas,
grito de albatros marinos
y evanescencia de espumas.

Acordeón de rudas voces,
tu corazón es de viento,
y tu musical acento
polifonía de adioses...

Ah, quién pudiera imitar
el alma tuya viajera!
Quién pudiera
irse sin cesar...

Canciones de despedida, adioses en el crepúsculo, junto a las aguas verdes y temblantes, en puertos desconocidos, donde la mano que se eleva en el saludo, y el pañuelo que se agita en el viento, son los signos concretos de las partidas infinitas, del "irse sin cesar" de los eternos viajeros. Amor a la música popular trascendido en el deseo de liberación.

Aquí la ligereza del canto, la gracia extraordinaria del verso, el alado octosílabo, el tema musical, forma notable contraste con la tristeza de su ángel de tinieblas, su guardián celoso y permanente. El deseo del viaje, el imperativo de evasión, dan fondo dramático y sombras a lo Rem-

brandt, al poema luminoso y firme, y hace temblar la línea de su arquitectura, esfumándola en los deseos inmortales, en el país de sus ideas y sensaciones líricas. Es siempre el desasirse de sus contornos humanos, de su "carnal vestidura", huyendo en un sentido puro, reflejando su ser en las aguas de los viejos ríos que entristecían a Heráclito. Y tan es así, que a veces, como en los poemas *Balada de las Dulces Perlas*, *Vaso Furtivo*, *El Mensajero Derrotado*, *Tu Rosa* y *Mi Corazón*, *Via Secreta*, por ejemplo, se nota como un tono falso, como aprendido, que no convence. Es que las luces finísimas de sus diamantes hundidos, no hallaban gozo más que en las tinieblas, y sus negros cabellos no flotaban alegres, más que en los vientos venidos de la noche, en negras cabalgaduras, con el ulular apocalíptico de la muerte. Sus manos heladas sólo ardían en las brumas nocturnas, bajo la estrella misteriosa que bajaba hasta su frente, y su pie ligero sólo hollaba los caminos de rocío, bajo la paz vigilante de los altos cipreses, erguidos lentamente en largos husos de sombra. Y seguramente se elevaban sus cantos con la primera estrella de la tarde, anunciadora feliz de los incendios nocturnos, y sus poemas fueron escritos bajo las lámparas que sostienen las manos de los desvelados y los insomnes, cuando "por la voz del viento la soledad suspira".

María Eugenia Vaz Ferreira murió joven, dejándonos en su único libro *La Isla de los Cánticos*, toda la intensidad dolorosa de su alma. Parece que la fatalidad del genio presidiera a la muerte, más en aquellos que, como la creadora que comentamos, pasaron por la vida como sombras huynes, condenadas en algún círculo infernal, dejando detrás de sí toda la sangre que no podían contener sus pobres cuerpos, flagelados por los obstáculos terrenos, perseguidos por "venganzas metafísicas". Es posible que el dolor que rodea la vida de algunos artistas en aureolas flamígeras,

condenándolos a sufrir siempre infinitamente, sin reposo ni consuelo, los precipitara hacia los grandes ejercicios del alma, los enajenara en la creación. Así el solitario de Sils-Marie, Federico Nietzsche, escribe el Zaratustra en aquellos diez días inolvidables en que los múltiples sufrimientos de su organismo enfermo le conceden una engañosa tregua. Beethoven levanta de lo más hondo de su ser la *Oda a la Alegría*, en momentos en que la vida lo condenaba a lo sufriente, a los trabajos forzados del trato con los hombres, y que la sordera lo volvía loco. Y recordemos a Dostoiewsky, que de cada uno de sus males terribles, nacían sus personajes maravillosos. Y Lautréamont, Miguel Angel, Baudelaire, "Le Pauvre Lélian", Van Gogh, y tantos otros que forman la caravana de los grandes alucinados, de los seres divinos que han visitado la tierra, como en exilio. La creación en estos seres es tentativa de liberación pura, de consuelo metafísico, de transfiguración en lo eterno.

¿Qué nos revelaría María Eugenia en períodos posteriores de su vida? ¿Qué desmesurada inteligencia haría sonar sus voces inmortales? ¿Qué fiebres, qué delirantes polifonías, qué supremas locuras alentarían sus sueños? Asusta meditar sobre esto; es probable que en estos espíritus de altísimas tensiones, la vida se les vaya rompiendo por dentro, y la lucidez mental termine en la locura.

Quizá la epopeya lírica de esta mujer culmine heroicamente en su poema *El Regreso*, posiblemente de los últimos que escribió. Este poema rodea su pálida sien en un claro halo de silencio, y las potencialidades omnihumanas asoman sus espectros pálidos y vacilantes. La danza al borde del abismo ha suspendido en actitud plástica las energías del delirio, y un nuevo ídolo fecundado por las Madres del segundo Fausto, mueve visiones cegadoras en altas soledades. Es el helado vértice de un sereno desencanto, cuyos reflejos se pierden, delicadamente, en las arcanas orillas de la nada o lo desconocido, donde los raros caracoles marinos cantan la nostalgia del fondo de los mares, sobre las arenas solitarias, y restos de proas con inscripciones en len-

guas olvidadas, descansan la fatiga larga de sus viajes inútiles.

EL REGRESO

He de volver a tí, propicia tierra,
 como una vez surgí de tus entrañas,
 con un sacro dolor de carne viva
 y la pasividad de las estatuas.
 He de volver a tí gloriosamente,
 triste de orgullos arduos e infecundos,
 con la ofrenda vital inmaculada.
 No sé cuando labraste el signo mío
 el crisol armonioso de tus gestas
 dónde estaba...
 dónde la proporción de tus designios...
 Tú me brotaste fantásticamente
 con la quietud de la serena sombra
 y el trágico fulgor de las borrascas...
 Tú me brotaste caprichosamente
 alguna vez en que se confundieron
 tus potencias en una sola ráfaga...
 Y no tengo camino;
 mis pasos van por la salvaje senda
 en un perpetuo afán contradictorio,
 la voluntad incierta se deshace
 para tornasolar la fantasía;
 con luz y sombra, con silencio y canto
 el miraje interior dora sus prismas;
 mientras que siento desgranarse afuera
 con llanto musical los surtidores,
 siento crujir los extendidos brazos
 que hacia el materno tronco se repliegan,
 temor, fatiga, solitaria angustia,
 y en un perpetuo afán contradictorio
 mis pasos van por la salvaje selva.
 Ah, si pudiera desatar un día

la unidad integral que me aprisiona!
 Tirar los ojos con los astros quietos
 de un lago azul en la nocturna onda...
 Tirar la boca muda entre los cálices
 cuyo ferviente aroma sin destino
 disipa el viento en sus alas flotantes...
 Darle el último adiós
 al insondable enigma del deseo,
 cerrar el pensamiento atormentado
 y dejarlo dormir un largo sueño
 sin clave y sin fulgor de redenciones...
 Alguna vez me llamarás de nuevo
 y he de volver a tí, tierra propicia,
 con la ofrenda vital immaculada,
 en su sayal mortuorio toda envuelta,
 como en una bandera libertaria.

Mundos increados ha dejado el espíritu de María Eugenia, ocultos en las islas de su ser. ¿Qué hondísimas presencias cavarian en su alma profunda, sigilosamente, con las lanzas crepusculares de los sueños? ¿Qué naves maravillosas dejarían a su paso blanquísimas espumas, en sus lejanos mares de perdidas orillas? ¿Qué altísimas torres horadarían las inmensidades cósmicas? Las imágenes se elevan de este canto, en negras columnas que sostienen en lo alto su "perpetuo afán contradictorio", intentando en vano señalar un camino feliz bajo los signos de la muerte. Todas las fatigas, todos los temores, las grises melancolías, los silenciosos desgarramientos en heridas engrandecidas; la creciente angustia coronando de hierro la frente vencida; los pálidos adioses desde sus oscuros bajeles, extraviados en brumosas soledades, atan sus mitades de vida con un nudo inexorable, y funde en la mágica diafanidad de sus últimos lirios nocturnos las grandes esmeraldas de un celeste rocío.

Las densas imágenes de *El Regreso* nos muestran hasta qué regiones últimas se sumergía María Eugenia, en ejer-

cicio agotador de las energías más extraordinarias, para dar lo más íntimo y realmente sincero de su ser. Es que su arte se nutre de vida tan hondamente, en tan escondidos subsuelos andan las delgadas raíces del cántico, que es posible que la sombra se quebrara en la alegría, y los supremos vértigos alcanzaran la visión de Dios.

Arcángeles de la noche guardan con escudos inviolables el fuego derramado de sus grandes secretos. "Con luz y sombra, con silencio y canto", sus blancas estrellas construyen nuevas formas como en un vasto sueño, que ruedan calladas hacia lo insomne, hacia lo perdido y no encontrado nunca, hacia las transparentes catedrales de algún país de la luna. Dentro del regreso incierto y melancólico, anchas esperanzas encienden el pecho de las errantes luciérnagas, y su muerte ocurre entre el cielo y la tierra, en un dorado espacio sin terrores.

No olvidemos los dos últimos versos de su libro:

"y quien me escuche, oiga sólo
 mi paso en la soledad."

Carlos Alberto Garibaldi.